

## La oíslo de Sancho Panza (*Quijote* I y II)

María Stoopen Galán  
(UNAM, México)

### Introducción

A lo largo de la Primera parte del *Quijote*, con la salvedad del final en que aparece como personaje activo, a la mujer de Sancho Panza se le conoce, en principio, por lo que el labrador-escudero dice de ella; a esto se suma el hecho de que su marido la identifica con dos nombres diferentes, además de que la esfera de acción de la mujer no trasciende el ámbito doméstico. Podemos decir, pues, que en el *Quijote* de 1605, excepto en el capítulo final, la que, en el primer diálogo entre caballero y escudero, es mencionada inicialmente por su cónyuge como Juana Gutiérrez, “mi oíslo” (I, 7),<sup>1</sup> y en la siguiente intervención del labrador como Mari Gutiérrez, es, al igual que Dulcinea, un personaje de segundo grado; esto es, construido por algún otro, en el caso de Juana/Mari, por Sancho.<sup>2</sup>

Es en la Segunda parte cuando la mujer de Sancho se constituye como personaje: habla, actúa e interactúa más extensamente, además de que recibe mayor atención por parte de otros personajes, así como del narrador, y su discurso repercute fuera de los límites domésticos. Si bien en 1615 se le identifica invariablemente como Teresa y se dejan atrás o se niegan los nombres propios que recibió en 1605, sus apellidos varían: Panza, Sancha y Cascajo, por parte de padre.<sup>3</sup> La única referencia a ella que se mantiene invariable en las dos Partes es la de “mi oíslo”, hecha, naturalmente, por Sancho (II, 3 y II, 70).

En el primer apartado de este ensayo atenderé la descripción inicial de Sancho a cargo del narrador, de la que puede deducirse la condición de su mujer, así como el retrato que el labrador-escudero elabora de su oíslo, los papeles que le hace jugar, según su conveniencia, y las intervenciones directas de la labradora como personaje al final de la Primera parte. Asimismo, destacaré el contraste que resulta de la visión ideal de Dulcinea fabricada por el caballero enamorado, frente a las opiniones que el escudero vierte sobre su mujer en las distintas ocasiones en que la menciona, o bien en las que desconoce su existencia. En suma, cómo se construye este personaje en el *Quijote* de 1605. La segunda parte del ensayo estará dedicada a Teresa como personaje que se muestra con sus propias características y discurso, a las similitudes y diferencias que presenta en las dos Partes del *Quijote*, y a la nueva relación que establecen entre sí los miembros de la pareja Panza, además de la que ella entabla por medio del intercambio de cartas con la duquesa.<sup>4</sup> Asimismo, tendré en cuenta los recursos narrativos y

<sup>1</sup> Aquí y en adelante, cito de la versión en línea del Centro Virtual Cervantes, Instituto Cervantes, 1997-2014, <http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/edicion/parte1/tabla/default.htm>

<sup>2</sup> En “Los iconos subvertidos en el *Quijote*” me referí a la naturaleza de Dulcinea de la siguiente manera: “Dulcinea resultará, pues, ser un producto lingüístico y literario de segundo grado, puesto que no serán los diversos autores y narradores, sujetos de la enunciación narrativa, quienes informen sobre sus atributos y, de alguna manera, *fijen* su imagen —como en el caso de los protagonistas manchegos y demás personajes—, sino los discursos, necesariamente imaginarios, de quienes hablan de ella [...]” (Stoopen 2010 y 2012, 33).

<sup>3</sup> Spitzer [1948] 1955, 161-225. Antes y después de Spitzer, otros críticos ofrecen explicaciones distintas a los varios nombres de la mujer de Sancho Panza. Clemencin [Cervantes], Calderón 29, Hartzzenbusch, Mauricio Molho 304-305, Romero Muñoz 103-148.

<sup>4</sup> Romero Muñoz supone que los cambios que ocurren en la mujer, en el *Quijote* de 1615, son provocados por la aparición del de Avellaneda: “Si no me equivoco de todo en todo, la definitiva formalización de

descriptivos usados por el narrador y otros personajes para referirse a Teresa. Destacaré los temas sociales que son puestos en evidencia por ella en el diálogo con su marido y en las cartas que envía al palacio de los duques. Y, finalmente, haré una valoración del juego político que se produce en las interacciones de este personaje con los que tiene un vínculo a lo largo del *Quijote* de 1615.

### 1. Juana o Mari Gutiérrez

Antes de la aparición de Sancho Panza en el capítulo 7 del *Quijote* de 1605, el escudero es encarecido por el autor del Prólogo, entre veras y burlas, de la siguiente manera: “Quiero que me agradezcas [lector] el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas.”<sup>5</sup> Por burlesca que sea la opinión del prologuista, el escudero cumplirá sobradamente con ese compromiso. Ya en el cuerpo del relato, el labrador vecino de don Quijote es presentado por la voz narrativa de la siguiente manera. Acudiré a la cita textual por más que sea muy conocida:

[...] hombre de bien —si es que este título se puede dar al que es pobre—, pero de muy poca sal en la mollera. [...] Con estas promesas y otras tales [el gobierno de la ínsula, principalmente], Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos y asentó por escudero de su vecino. (I, 7)<sup>6</sup>

Así pues, este hombre de bien, pobre y de poco juicio, confía en la promesa del hidalgo del pueblo, ofrecimiento del que, aunque no alcanza su pleno significado, lo lleva a vislumbrar un cambio de vida a partir de un asequible ascenso social gracias a la adquisición, en un plazo indeterminado, de un cargo de poder. De esta suerte, tal posibilidad se asienta en su imaginario como el deseo motor de su partida, lo impele a cambiar su oficio de labrador por el de escudero, que ignora, y a renunciar a la vida en familia, a la que le sustrae un bien importante, el asno con el que recorrerá caminos al lado del caballero. Se deduce que la mujer y mucho menos los hijos participaron en tal decisión, ya que caballero y escudero salen de sus respectivas casas de noche, en secreto y sin despedirse de nadie.

Como se sabe, las primeras palabras pronunciadas por Sancho en su diálogo con don Quijote abordan el tema del gobierno de la ínsula. El caballero, en respuesta, acrecienta el ofrecimiento al escudero al punto de prometerle un reino, que presenta como fácil y rápidamente alcanzable. En la siguiente intervención, Sancho menciona por primera vez a su mujer como incapaz de obtener el título de reina, que le correspondería: “[...] tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.”<sup>7</sup> La primera

---

nuestro personaje resultaría sencillamente inconcebible sin la existencia del otro *Quijote*: del siempre conocido como ‘apócrifo’” (103-4).

<sup>5</sup> “Vuelta a lo burlesco del tópico renacentista de la dama (aquí, *Sancho Panza*) en quien están cifradas todas las bellezas posibles (en nuestro caso, las *gracias escuderiles*), en España reiterado desde *La Celestina*, VI: «Las gracias que en todas repartió [la Naturaleza] las juntó en ella.»” (Prólogo n. 95).

<sup>6</sup> En “Los iconos subvertidos”, me ocupo de la caracterización irónica de Sancho por el narrador y, en consecuencia, de la contradicción con la opinión que del escudero manifiesta el autor del Prólogo de 1605 (Stoopen 2010 y 2012).

<sup>7</sup> Aquí y en adelante, cuando cito consecutivamente de un mismo capítulo sólo doy la referencia la primera vez. En “De las artes persuasivas y disuasivas” hago un análisis retórico de estas escenas (Stoopen 2010 y 2012).

descripción de la mujer resulta deficitaria, incapaz de recibir tan alta dignidad frente a la oportunidad que su marido si tiene de convertirse en gobernador o un nombramiento mayor. Es sabido que un personaje que describe a otro dice algo también de sí mismo. Sancho, engrandecido merced a la posibilidad abierta por la promesa, pronto pierde de vista sus antecedentes de labriego, que lejos están de hacerlo apto para desempeñarse como escudero y sobre todo como gobernador o rey, y, sabedor de la extracción de su familia, presenta una imagen ambigua de su mujer a partir de un burlesco juego de degradación y ensalzamiento que no la excluye, sin embargo, de un apetecible y suficiente ascenso social y tampoco desmerece en demasía del cargo que él recibirá, quien no encuentra impedimentos en su persona para abrazarlo.

Más adelante, a propuesta del escudero de ponerse al servicio de un rey o de un emperador —según el ofrecimiento anterior del amo—, ya que, a partir de las experiencias vividas a su lado, no ve cerca la posibilidad del gobierno prometido, don Quijote le da a conocer la oportunidad que a los caballeros con fama ganada por sus hazañas suele presentárseles en la corte de algún monarca. En el momento en que el de la Triste Figura expone en su relato el hecho de que el caballero llega a heredar el reino y, en consecuencia, se casa con la princesa y “a su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal” (I, 21), Sancho ve que por ese camino es posible conseguir fácilmente su ambición y hace suya la historia caballeresca narrada por don Quijote:<sup>8</sup> “Eso pido, y barras derechas [...]: a eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced llamándose el Caballero de la Triste Figura.” Obnubilados don Quijote y Sancho por la fantasía caballeresca que han ido alimentando, en la que cabe la posibilidad de que el amo sea rey y el escudero reciba del monarca el título de conde y uno y otro se encuentren casados, el primero se olvida de su voto amoroso de servir a Dulcinea y el segundo de que ha dejado en casa a Mari o Juana Gutiérrez, madre de sus hijos. Si en la conversación inicial sostenida con don Quijote, Sancho incluye a su mujer en su proyecto de ascenso, ahora, con un título de conde casi en la mano —el mismo para el que, con apuros, sería digna su *oíslo*, y Sancho se siente merecedor, ya “que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta”—<sup>9</sup> y con la posibilidad de casarse con una dama de corte, la cual —sugiere el Labrador-escudero-conde— “bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por ligítima esposa”, ahora su mujer simplemente desaparece en su distante horizonte labriego; deja de existir. La gran ironía cervantina reside en la siguiente paradoja: la legitimidad del matrimonio con la hija del duque, condición a la que el Labrador aspira, y su calidad de cristiano viejo, tan reconocida como la de un título nobiliario, son motivos valederos para que, en la mente de Sancho, su situación doméstica previa se esfume. No obstante, ya miembro de la nobleza, tendrá que lidiar con sus “espesas, aborrascadas y mal puestas [barbas]”, ya que —le advierte don Quijote— “si no te las rapas a navaja cada dos días por lo menos, a tiro de escopeta se echará de ver lo que eres.”<sup>10</sup>

En la ocasión en que ocurre el encuentro de Sancho Panza con el cura y el barbero del pueblo, cuando el escudero se encamina al Toboso a cumplir con el encargo

<sup>8</sup> En “Don Quijote propone; ¿el cura Pero Pérez dispone? Del relato imaginario a la farsa” analizo la relación entre el relato que don Quijote hace en el capítulo 21 y la puesta en escena que el cura, apoyado por Dorotea y otros personajes, hace en Sierra Morena para sacar a don Quijote de sus andanzas (Stoopen 2010 y 2012).

<sup>9</sup> Son ampliamente conocidos los trabajos de Américo Castro al respecto. Ver, entre otros, Castro 34-38.

<sup>10</sup> En “Los espacios de la intimidad y la cuestión del linaje” me ocupo de la charla sostenida entre los protagonistas en el capítulo 21, en la que, debido a la lógica de su propio relato, don Quijote se ve precisado a reconocer su linaje de origen, el de hidalgo, y, al final, el de Sancho, Labrador (Stoopen 2010 y 2012).

de entregar la carta que don Quijote escribió a Dulcinea antes de iniciar la penitencia amorosa en Sierra Morena, el narrador, en discurso libre indirecto, informa lo que Sancho comunica a los amigos del hidalgo sobre lo ocurrido hasta ese momento, así como sobre la intención del amo de

[...] ser emperador, o por lo menos monarca [...] y que en siéndolo le había de casar a él, *porque ya sería viudo, que no podía ser menos*, y le había de dar por mujer a una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las quería. (I, 26; las cursivas son mías).

Esta vez le resulta conveniente al labrador, con el fin de hacer aceptable su aspiración ante los aldeanos de la Mancha, que Mari o Juana Gutiérrez haya muerto y, en un discurso fantasioso, dominado por la hipérbole, Sancho anula el móvil original del gobierno de la ínsula y, por la vía fácil y expedita del matrimonio, se contempla dueño de un territorio mayor y más rico. Sin embargo, dada la voluntad de cura y barbero de divertirse con las “necesidades” del escudero, maese Pero le juega la broma de que don Quijote pueda convertirse en arzobispo, decisión que echaría al traste lo concertado con su amo y las ventajas que el escudero sacaría de ello. Panza, en una enunciación en presente de indicativo y no en el modo potencial usado anteriormente por el narrador cuando informa, en estilo libre indirecto, del acuerdo tomado entre amo y escudero, acude al principio de realidad para argumentar contra la propuesta del cura y, en consecuencia, recupera la existencia de su *oíslo* entre otros inconvenientes para desempeñar un cargo eclesiástico:

—Para eso será menester [...] que el escudero no sea casado y que sepa ayudar a misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado de yo, que soy casado y no sé la primera letra del abecé! ¿Qué será de mí si a mi amo le da antojo de ser arzobispo, y no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes?

Hasta este momento la mujer del escudero no ha alcanzado la categoría de personaje; ha sido una imagen construida, de manera jocosa y a modo por Sancho, a partir del simple hecho de existir ella como miembro de la familia de labradores. El lector desconoce su reacción al encontrarse, de la noche a la mañana, sin el esposo y sin la bestia de carga útil para las labores del campo. En tanto que, si bien ama y sobrina, que compartían techo con el caballero en ciernes, tampoco fueron consultadas sobre su partida en busca de andanzas, sí aparecen como personajes, con acciones y opiniones, y cumplen una importante función en el escrutinio de la biblioteca del hidalgo y en las consecuencias de ese acto.<sup>11</sup> Por otro lado, con respecto a la condición de segundo grado, construidas por el discurso de otro, que la mujer de Sancho comparte con Dulcinea en la Primera parte, la distancia es abismal. La moza del Toboso es sólo descrita escuetamente por el narrador cuando el hidalgo la elige como su dama y nunca aparece como personaje desempeñando acciones o emitiendo opiniones; es, sin embargo, constantemente mencionada e invocada por don Quijote y sometida por su enamorado a un proceso de idealización, aunque también de caricaturización y degradación por parte del escudero.<sup>12</sup> En tanto que Sancho menciona a su mujer

<sup>11</sup> En “Don Quijote en casa (1605)” considero la estancia doméstica de don Quijote y el papel que juegan las mujeres en ese espacio (Stoopen 2010 y 2012).

<sup>12</sup> En “Dulcinea: entre el simulacro y el espectro” destaco los contrastados retratos imaginarios que don Quijote y Sancho elaboran de la moza del Toboso (Stoopen 2010 y 2012).

ocasionalmente, presenta una imagen caricaturizada e insuficiente de ella en relación con la grandeza que él alcanzará y la hace jugar papeles acomodados a su conveniencia: la aparece y la desaparece según la situación. Importa también destacar los papeles que juegan la moza y la mujer con respecto a la caracterización de los protagonistas y en función del principio de verosimilitud. Con el fin de construir su ideal amoroso y poder abandonar su hacienda, se requiere que el caballero en ciernes no haya adquirido ninguna atadura conyugal. En cambio el escudero, siendo labrador, es factible que tenga una familia compuesta por mujer e hijos, quienes lo atan, de alguna manera, al hogar familiar y al que en varias ocasiones quiere regresar.<sup>13</sup> A don Quijote, por su parte, no le aqueja ninguna nostalgia doméstica.

La labradora surgirá como personaje en una sola ocasión, en el capítulo final del *Quijote* de 1605. El narrador se ocupa por primera vez de ella en el momento en que se entera del regreso de don Quijote a la aldea. A diferencia de la moza labradora del Toboso, la mujer de Sancho sí se materializa y se presenta con todas sus características de labriega, lo que nunca ocurre con Aldonza Lorenzo. En su intervención, la voz narrativa ofrece dos datos de la mujer: el hecho de que “ya había sabido que [Sancho] había ido con él sirviéndole de escudero” (I, 52), que concuerda con la ignorancia inicial y el nulo papel que ella había desempeñado con respecto a la partida de su marido; y “lo primero que le preguntó fue que si venía bueno el asno”, preocupación antepuesta al interés por la suerte de su consorte, que habla de la relación pragmática, apegada a la cotidianidad del trabajo, así como del valor que tiene la bestia doméstica en un mundo en donde escasean los bienes materiales. Ya en discurso directo, en respuesta a la información dada por su marido de que el asno “venía mejor que su amo”, o sea el propio Sancho, ella exclama: “—Gracias sean dadas a Dios [...], que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo, qué bien habéis sacado de vuestras escuderías. ¿Qué saboyana me traéis a mí? ¿Qué zapaticos a vuestros hijos?”<sup>14</sup>

Despreocupada en primera instancia de las experiencias que pudo haber vivido su cónyuge, supone, sin embargo, que Sancho ha recibido algún beneficio por ser escudero de un caballero. Ella concibe ese provecho en términos materiales que satisfarán las necesidades de los bienes personales más inmediatos a los miembros de esa familia de campesinos empobrecidos: ropa para ella, calzado para los hijos. Sancho llega con las manos vacías; sin embargo, en el discurso engrandece, aunque con vaguedad, lo que puede ofrecerle a su familia: “—No traigo nada deso [...], mujer mía,

<sup>13</sup> “—[...] Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos [...]” (I, 20); “—Señor don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver a mi casa y a mi mujer y a mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere [...]” “—[...] La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algún día me vea con mi mujer y hijos” (I, 25); “[...] y [Sancho] propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos a su acostumbrado trabajo.”; “—[...] De mis hijos y de mi mujer me pesa [el que don Quijote no se case con la princesa Micomicona], pues cuando podían y debían esperar ver entrar a su padre por sus puertas hecho gobernador o visorrey de alguna ínsula o reino, le verán entrar hecho mozo de caballos” (I, 47).

<sup>14</sup> Rodilla León observa que “no sólo el tema de la comida define a Teresa Panza, el de la indumentaria o el vestido —especialmente relevantes en el Barroco por la apariencia— van dibujando su personalidad cambiante [...]” (Rodilla León, 38). Sin embargo, este fenómeno ocurre en el *Quijote* de 1615 cuando el personaje se complejiza a partir de la posibilidad planteada por Sancho de ascender de estamento social; no así en su única aparición en el de 1605; su naturaleza de labradora no sufre aquí mayor cambio.

aunque traigo otras cosas de más momento y consideración.”<sup>15</sup> Con la confianza de que habrá regalos, la labradora manifiesta su alegría y se siente recompensada por la ausencia; le dirige por fin a Sancho las primeas palabras afectuosas aunque no exentas de intereses materiales:

—Deso recibo yo mucho gusto —respondió la mujer—. Mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío, que las quiero ver, para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

En el diálogo entre los cónyuges se observa la distancia abierta entre ellos, que nace con la aspiración inicial de Panza por alcanzar un cargo de poder y que ha sido alimentada y acrecentada por don Quijote durante sus andanzas, a pesar de los contratiempos y malas pasadas. El contraste se manifiesta en la conversación. Ante la solicitud, muy concreta, de bienes materiales esperados por la mujer, Sancho responde con la desmesurada promesa en que él ha confiado y supone que la recompensa se cumplirá en la siguiente salida con el caballero y que su mujer recibirá gusto de ello: “[...] y por agora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje a buscar aventuras, vos me veréis presto conde, o gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.” Es ésta la primera ocasión en que el marido le comunica a su *oíslo* el móvil profundo de su ausencia. Ella percibe que ser conde o gobernador conlleva un beneficio, aunque, lógicamente, se muestra ignorante sobre los términos de grandeza que Sancho le pone enfrente —“señorías, ínsulas y vasallos—”, no sin mostrar él desprecio por la brecha abierta entre el labrador-escudero y la simple labradora que quedó en casa: “—No es la miel para la boca del asno [...]”. Media entre ellos el ejercicio de la caballería andante y la libertad que conlleva, así como la distinta visión del mundo que ha obtenido el labrador en contacto con don Quijote, experiencias por las que la mujer no ha pasado, así como una ambición que ella no ha sentido. Se mantiene en los estrictos códigos domésticos.<sup>16</sup>

Durante la conversación entre los Panza, el narrador confirma que el nombre de pila de la mujer es Juana, a quien le cambia el apellido Gutiérrez por Panza “porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos”, según él mismo comenta. La charla acaba con una intervención de Sancho, en que resume para Juana su experiencia como escudero al servicio de un caballero, con sus beneficios y sinsabores, sin excluir el manteamiento que tanto se había esforzado en ocultar, signo de confianza e intimidad, a pesar de todo, no perdidas entre ellos.

## 2. Teresa Panza

En los primeros capítulos del *Quijote* de 1615 se presenta algún indicio de que Sancho se encuentra bien en casa compartiendo la vida diaria con su mujer y satisfaciendo debidamente sus necesidades cotidianas con las provisiones de que careció y tanto anheló durante sus andanzas caballerescas. En la visita que le hace a don Quijote, convaleciente de la última paliza que había recibido, en el momento en que empiezan a ponerse difíciles al escudero las explicaciones que le demanda Sansón Carrasco, enterado de los hechos porque es lector de la Primera parte, Sancho se escapa del compromiso con la siguiente excusa:

<sup>15</sup> Aunque en la nota 37 de I, 52 los editores suponen que “puede referirse a los escudos, no restituidos, de la maleta de Cardenio (I 23). De ahí la recomendación de silencio («cose la boca») que, poco después, hace Sancho a su mujer”, el texto no lo explicita.

<sup>16</sup> Al respecto ver Vila 2003.

—[...] me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi oíslo me aguarda; en acabando de comer daré la vuelta y satisfaré a vuestra merced y a todo el mundo de lo que preguntar quisieren [...] (II, 3)

No obstante, está dispuesto a abandonar de nuevo las comodidades de la vida doméstica en razón de que persiste en su reclamo del gobierno de la *ínsula* y, así, es él quien le propone al caballero emprender cuanto antes la tercera salida. Por otro lado, ante la insistencia de Sansón Carrasco de saber “¿qué se hicieron los cien escudos? ¿Deshiciéronse?”, Sancho responde:

—Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo a mi señor don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento a mi casa, negra ventura me esperaba [...] (II, 4)

Así, con tal respuesta no sólo satisface la curiosidad del bachiller y la del lector de la Primera parte, en donde nunca se explica el destino de las monedas; es también la confirmación de que su mujer ha recibido algún beneficio de índole económica como incentivo para aceptar las ausencias del marido. Varias veces Teresa insistirá en el tema de los dineros en “la discreta y graciosa plática” que poco después sostendrá con Sancho.

Es en el capítulo 5 de la Segunda parte que la *oíslo* de Sancho aparece de nueva cuenta como personaje. Es el famoso capítulo que el traductor “tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio” (II, 5). Aceptado el juego de los intermediarios,<sup>17</sup> así como la supuesta falta de autenticidad del episodio en cuestión, característica imputable a Sancho, intentaré, sin embargo, un análisis comparativo del personaje femenino frente a la construcción que el labrador-escudero ha hecho de su mujer en la Primera parte y ante la corta intervención de ella al final.

Durante un intercambio a solas con su esposo en la intimidad doméstica,<sup>18</sup> Teresa hace uso de su sentido común en respuesta a lo que percibe como una contradicción formulada por él después de haber concertado con don Quijote la tercera salida. En principio, hay que tomar en cuenta que ella no está en antecedentes de lo recién acordado en casa del hidalgo y que en Sancho hay un debate interno entre el gusto por las palabras pronunciadas por Sansón Carrasco —“[...] confiad en Dios y en el señor don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula” (II, 4)— y la desazón de volver a dejar a su familia junto con los beneficios de la vida hogareña:

—Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro.

—No os entiendo, marido —replicó ella—, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que, maguer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle. (II, 5)<sup>19</sup>

<sup>13</sup> En Stoopen 2002 y 2005 hago un análisis de los intermediarios entre el autor y el lector.

<sup>18</sup> Vila 2003, 23-49 analiza este capítulo a partir de los principios de la narración familiar.

<sup>19</sup> “Tal como dice Teresa, en su parlamento Sancho echa mano de una paradoja conceptista propia del lenguaje cortesano, o sea, del propio de DQ: *holgara... de no estar contento* [...]” (II, 4, n. 9).

Ella ha entendido bien las palabras, puesto que las repite, pero hace una simplificación de la paradoja. Sancho responde explicando la vacilación en que está sumido, aunque con conceptos y un lenguaje que Teresa sigue sin poder discernir. No sólo a causa de ciertos giros inusuales usados por el labriego y un rebuscamiento conceptista, el personaje ha adquirido una complejidad que la mente llana de Teresa no alcanza a comprender. En él se está manifestando su doble filiación, la de labrador-escudero, causa del debate interno ante la disyuntiva en que se encuentra: alegría por la próxima partida con su amo y tristeza por apartarse de su mujer y de sus hijos. Las respuestas de Teresa, quien acepta como inevitable el nuevo oficio del marido, así como las consecuencias que conlleva —“los escuderos no comen pan en balde”—, se mantienen en la línea del sentido común y del pragmatismo que había mostrado en su recibimiento a Sancho en la plaza de la aldea.

Si en la anterior ocasión, cuando la mujer recibe a su marido, ella había expresado su incompreensión de los vocablos usados por Sancho, ajenos al universo labriego —“señorías, ínsulas y vasallos”—, ahora, cuando el labrador escudero trae de nuevo a cuento el tema, que para él vale tanto como su propia vida —“si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto”—, Teresa responde con un refrán<sup>20</sup> y vuelve a mostrar su sensatez al recordarle al marido que no requiere de ningún gobierno<sup>21</sup> para seguir viviendo en las condiciones en las que nació, mención que resulta profética al final del ejercicio de Sancho como gobernador.<sup>22</sup> No obstante, si Teresa ya había aceptado el oficio de escudero desempeñado por Sancho, ahora contempla la eventualidad de sacar algún provecho del probable gobierno de su cónyuge en favor de ella y de sus hijos. Aunque manifiesta cierta ambición, no excede, sin embargo, los límites de lo posible: estudios para Sanchico, “si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia”, y casar a Sanchica según los términos de su estamento.

Por otro lado, si en sus anteriores ensoñaciones palaciegas, el labrador escudero había optado por desconocer, según su conveniencia, su situación de hombre casado y con familia, a partir de la aparición de Teresa como personaje ha sido confrontado con su real condición. En consecuencia, ya no podrá seguir imaginando un probable matrimonio suyo con una dama de la corte; ahora el sueño de grandeza por vía de los esponsales con alguien que la eleve socialmente será transferido a su hija Sanchica. Al negarse a tal posibilidad, Teresa de nuevo pone en práctica su pragmatismo y pide que la hija sea casada con un igual. Funda su argumento en comparaciones sobre el atuendo usual de una aldeana —con lo cual, de paso, a partir de su indumentaria, queda retratada la imagen de Sanchica— y los vestidos de una dama, así como en el trato de *doña* y *señoría*, nada de lo cual encubriría la verdadera índole de la hija, temas que reaparecerán a lo largo de la polémica sostenida con su marido.<sup>23</sup> La moral de Teresa,

<sup>20</sup> “Quien te cubre, te descubre” Rodríguez Valle, 154-157 informa que no ha encontrado este refrán en fuentes anteriores, por lo que considera que es uno de los varios refranes creados por Cervantes y recogidos después por Correas.

<sup>21</sup> “*Sin gobierno*: ‘sin juicio’; es la base del equívoco que se extiende a lo largo de todo el parlamento de Teresa Panza” (II, 5, n. 16).

<sup>22</sup> Su discurso de partida, aunque mucho más extenso, rico y sabio, puede resumirse en estas palabras: “[...] Vuestras mercedes se queden con Dios [les dice a quienes participaron en la farsa del gobierno] y digan al duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo [...]” (II, 53).

<sup>23</sup> En este capítulo sí se cumple la observación de Rodilla León con respecto a la estética del Barroco. (*supra* n. 13).

cimentada en el principio de realidad, lejos está de la simulación, que ha hecho presa de su marido que apunta hacia una conducta muy común en la España contemporánea.<sup>24</sup>

En la discusión entre los Panza se pone en juego la dualidad ser/parecer. Cada uno de los cónyuges sostiene uno de los dos términos. Por lo pronto, Sancho no acepta las verdades que le pone enfrente su mujer, quien no tiene aspiraciones ni para ella ni para sus hijos de abandonar el estamento al que pertenecen.<sup>25</sup> El Labrador-escudero apoya sus argumentos en el principio del poder que ejerce la clase de los nobles, a la cual tendrá acceso y junto con él, su familia, hecho que excusará toda señal del verdadero origen de la joven. La querrela conyugal pone al descubierto las diferencias entre los estamentos sociales, los privilegios de que gozan quienes tienen linaje y el desprecio que pueden manifestar hacia quienes no lo tienen. Teresa lo sabe con claridad y lo expresa con ironía: “— [...] ¡Por cierto que sería gentil cosa casar a nuestra María con un condado, o con caballero que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas!” La insistencia de la mujer en mantenerse ella y a sus hijos en sus propios límites provoca la ira de Sancho, quien se arroga el derecho, no sólo como marido sino como alguien que ya se concibe con un cargo de poder, de dirigirse a Teresa con palabras denigrantes y pronunciar opiniones condenatorias: “boba”, “bestia y mujer de Barrabás”,<sup>26</sup> “animalia”, “tienes algún familiar en ese cuerpo”, “mentecata e ignorante”, dándole el trato que justamente Teresa quiere evitar que reciba su hija de un marido que la menosprecie por sus orígenes.

Además del acceso a la nobleza, en el debate conyugal surge también el tema de la movilidad social. Teresa lo contempla con escepticismo e ironía, desconfía del engaño que conlleva porque conoce el inevitable peso social de los orígenes (Teresa Cascajo por parte de padre y Panza adoptado del marido): “—Medíos, Sancho, con vuestro estado, no os queráis alzar a mayores [...] y no casármela [a Sanchica] vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni a ella la entiendan ni ella se entienda”. Y mantiene igual postura ante los privilegios que ella misma obtendría si su marido llega a alcanzar el gobierno. En tanto, Sancho, atado a la promesa de don Quijote y siendo un miembro del estamento que con impuestos y trabajo “soporta casi todo el peso del edificio político y social”,<sup>27</sup> critica la inmovilidad social, confía en el ascenso a pesar de la cuna, puesto que, obtenido el poder, se puede zanzar, y juzga sensato el matrimonio de Sanchica con alguien que le dé acceso al tratamiento de *don* y de *señoría*: “— [...] ¡No, sino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento! Y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas.”<sup>28</sup> Además, si en el primer diálogo con don Quijote, recién iniciadas sus andanzas, Sancho había descalificado a su *oíslo* para recibir el nombramiento de reina y sólo con la ayuda de Dios, el de condesa, ahora le hace saber

<sup>24</sup> Ver Defourneaux, 55-87.

<sup>25</sup> “Teresa [...] no está sola. La voz de la tradición habla en ella y la asisten una serie de argumentos perfectamente coherentes y solidarios entre sí, algo que, pese a detentar el poder, Sancho difícilmente pueda exhibir [...]” (Vila 2003, 16).

<sup>26</sup> “En principio, el malhechor que fue cambiado por Cristo, y por tanto ‘capaz de cualquier perversidad’; pero *mujer* es también ‘esposa’, con lo que Sancho se califica a sí mismo y la acción que quiere emprender” (II, 5, n. 34). Para la gradación de los calificativos que da Sancho a Teresa, ver Vila 2003, 13-14.

<sup>27</sup> Defourneaux 116.

<sup>28</sup> “Familia, tradición y matrimonio dividen a los Panza y Sancho quien debería ser la mente rectora de todos estos valores tradicionales se encuentra enajenado por la insana y vanidosa aspiración de medrar en la escala social, de devenir otros y embarcará, contra la posición conformista y asumida de Teresa, a toda su familia en una burlesca gesta de clases” (Vila 2003, 15).

que si se casa “[...] Mari Sancha con quien yo quisiere, [...] verás como te llaman a ti «doña Teresa Panza».”

Como es evidente, el de los títulos de alcurnia es otro de los temas en disputa entre la pareja. Teresa no sólo pone en cuestión el derecho de que mujeres labradoras pobres, como ella y su hija, usen el *don*, sino el del propio hidalgo, amo de Sancho. Coincide, así, con la opinión de los demás hidalgos del pueblo, según las nuevas que el escudero le había informado a don Quijote convaleciente (II, 2), y trae a la conversación un tema de actualidad, la ilegitimidad de acceder a la hidalguía por medio de la compra de privilegios.<sup>29</sup>

Al no poder desarmar Sancho los argumentos de Teresa, extraídos de su propia experiencia, eleva el nivel de la discusión acudiendo a la autoridad de las “sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo”. Sin embargo, de nada le valen, pues Teresa no entiende sus “arengas y retóricas”. La controversia termina con la aceptación por parte de la mujer de la voluntad de su marido de salir a buscar el apetecido gobierno, puesto que “con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos, aunque sean unos porros”; con la petición expresada por ella de que lleve con él a Sanchico para que “le enseñéis a tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres”<sup>30</sup> —solicitud que no deja de ser una paradoja, ya que resulta un disparate que Sanchico se forme para ser gobernador y al mismo tiempo no deja de ser parte de la tradición el aprendizaje del oficio del padre—; además, el ofrecimiento del futuro gobernador de enviar dineros y la rotunda negativa de la mujer a que la hija se vuelva condesa. Si Sancho no cedió un ápice con respecto a la presunción de obtener un gobierno, la consecución de las peticiones de Teresa —el envío de dineros y el aprendizaje del gobierno para el hijo— será resultado de la obtención del poder por parte de su marido, puesto que de ello depende el futuro de la familia. No obstante, como personaje, no ha perdido su integridad moral y ha debatido con Sancho con argumentos sólidos, de modo que “[...] Teresa no es una rústica zafia: lleva la voz del buen sentido, de la sabiduría prudente y de la reivindicación femenina contra el dominio absoluto del marido.”<sup>31</sup> Por otro lado, hay que notar que a partir de este capítulo, en que la *oíslo* se desempeña como un personaje con voluntad y discurso, adquiere el nombre definitivo de Teresa, con el que en adelante se le identificará, las más de las veces como miembro de la pareja Panza, aunque ella sostenga llamarse Cascajo por parte de padre y el autor de los epígrafes en una ocasión la identifique como Sancha.

Poco más adelante, cuando Sancho, en casa de su amo, le informa: “—Señor, ya yo tengo relucida a mi mujer a que me deje ir con vuestra merced adonde quisiere llevarme.” (II, 7), y después de una discusión sobre el mal uso que hace Sancho de los vocablos, don Quijote le pregunta: “¿Qué dice Teresa?”; el escudero, de entre los varios temas tratados con su mujer, destaca únicamente lo dicho por ella en su plática sobre la necesidad de que traiga dineros y, a base de refranes, le comunica al caballero que su mujer le recomienda que saque provecho de sus servicios: “—Teresa dice [...] que ate bien mi dedo con vuestra merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.” Todo ello para solicitarle después el pago de un salario, petición de la que ha hecho corresponsable a Teresa. La respuesta de don

<sup>29</sup> En la España del momento, era posible que miembros de distintas clases pudieran comprar a la monarquía *ejecutorias de hidalguía* (Defourneax 51).

<sup>30</sup> Con las posibilidades que Teresa contempla para Sanchico pone en juego dos de las alternativas para elegir profesión, según el refrán: “Iglesia o mar o casa real”, como lo enuncia el Cautivo (I, 39).

<sup>31</sup> Lapesa 21.

Quijote es una negativa, pues no es usanza que se mencione en ninguno de los libros de caballerías, por lo que le aconseja “[...] Sancho mío, volveos a vuestra casa y declarad a vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar a merced conmigo, *bene quidem* [...]”. Ignorantes del diálogo entre amo y escudero, Teresa y sus hijos se quedan en casa tan pobres como hasta ahora han sido. Por su parte, Sancho vuelve a aprovechar la ausencia de su mujer para decir de ella lo que le resulta conveniente, según la situación.

En otra oportunidad, la mujer de Sancho es tema de conversación entre amo y escudero. Después de las frustradas bodas de Camacho, los andantes manchegos permanecen tres días con Basilio y Quiteria y don Quijote aprovecha los hechos ocurridos para disertar sobre el amor y el matrimonio. Uno de los consejos que propone se refiere a la importancia de tener en casa una buena mujer. Sancho da gran crédito a las palabras de su amo y habla para sí, por lo que el caballero le pregunta:

—¿Qué murmuras, Sancho?

—No digo nada, ni murmuro de nada [...] solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oído lo que vuesa merced aquí ha dicho antes que me casara, que quizá dijera yo agora: «El buey suelto bien se lame».

—¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? —dijo don Quijote.

—No es muy mala —respondió Sancho—, pero no es muy buena: a lo menos, no es tan buena como yo quisiera.

—Mal haces, Sancho —dijo don Quijote—, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos.

—No nos debemos nada —respondió Sancho—, que también ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces súfrala el mismo Satanás. (II, 22)

Con este comentario Sancho añade un atributo más a su mujer, del cual el lector no es testigo, quien pone en duda las palabras del labrador escudero, pues él ha gozado de toda la libertad que ha querido para seguir al caballero andante y continuar en la consecución del apetecido gobierno.

La escena del mono adivino es motivo para que se le sigan acumulando lindezas a la mujer de Sancho. Sin que se explique cómo el titiritero —que no es más que Ginés de Pasamonte disfrazado— sabe el nombre de Teresa, su mono, como prueba de que puede anunciar si no el futuro sí el presente, describe lo que la mujer está haciendo en ese momento. Se dirige a Sancho de esta manera:

—[...] tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y, por más señas, tiene a su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo.

—Eso creo yo muy bien —respondió Sancho—, porque es ella una bienaventurada, y, a no ser celosa, no la trocara yo por la gigante Andandona, que según mi señor fue una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea a costa de sus herederos. (II, 25)

Si bien, ocupada en las labores domésticas, Teresa se da gusto bebiendo vino y gastando el dinero que les correspondería a sus hijos, según esta nueva versión de su persona, en boca del intérprete del mono adivino y en voz de Sancho, que le suma nuevas características a su mujer, la imagen de ella vuelve a adquirir cualidades degradantes y caricaturescas.

Albergados los andantes manchegos en el palacio ducal, en una de las conversaciones que el escudero sostiene con la duquesa, le pide a la noble que lea una carta dirigida a Teresa Panza, su mujer, escrita “conforme a lo gobernador” (II, 36). Tanto el contenido como el estilo de la misiva resultan una parodia burlesca de un texto propio del conceptismo barroco.<sup>32</sup> Inicia con una ingeniosa paradoja, en la que el firmante completa una posible frase hecha<sup>33</sup> que, además, contiene un enigma: “Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta”. Al recibir tal misiva, con esta sucesión de agudezas verbales y retorcimientos significativos, de lo único que Teresa se enterará será de que su marido ha obtenido el gobierno, pero las correspondencias entre los términos de la proposición inicial le resultarán incomprensibles por su complejidad y por no estar enterada del asunto de los azotes que ha de darse para desencantar a Dulcinea, impuestos por el *sabio Merlín*, personajes a quienes desconoce. Sancho lo sabe y se lo señala en la carta. Así, por el momento, es infranqueable el abismo que los separa.

Es de destacarse el hecho que aquí Sancho comunica a su mujer una mortificación —al igual que lo hizo a su llegada a la aldea con respecto al manteamiento—, la de los azotes, que lo humilla y por la que no quiere pasar y de la que son testigos sólo don Quijote y los habitantes del palacio. Por ello le solicita: “No dirás desto nada a nadie, porque pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro.” Continúa con la insistencia de elevar a su mujer y a su hija a la altura de su nuevo cargo por medio de beneficios materiales que las hagan parecer con la dignidad de la familia de un gobernador. La oposición con que lo expresa es más que jocosa: “andar en coche”, “andar a gatas”. Sigue adelante con la acumulación de conceptos opuestos ahora referidos a don Quijote y a él mismo. Además de poner al tanto a su mujer del motivo de los azotes, así como de la pronta posesión del gobierno y de dineros, también le informa de asuntos del interés común: el estado del rucio y los saludos que, con fineza cortesana, éste le manda y, a continuación, en un nuevo contraste, los cumplidos que le manda la duquesa. Finaliza con la promesa a Teresa de que ha de ser rica, si no por la vía de hallar otra maleta con cien escudos, sí porque “todo saldrá en la colada del gobierno”, o a causa de volverse manco y, en consecuencia, mendigo, ya que ha de comerse las manos tras él, según le han dicho. La carta es, pues, una joya, mezcla de conceptos a lo barroco y de expresiones cortesanas, domésticas y rurales. El lector conocerá a la larga la reacción de la destinataria, aunque en el momento sí se entera de la de la duquesa, quien reconviene a Sancho por asociar gobierno con azotes y por mostrarse codicioso, lo que no deja de ser una burla más, pues se sabe que el asunto de los azotes y el del gobierno no son más que bufonadas.

El envío de la carta escrita por Sancho a Teresa se lleva a cabo capítulos más adelante. Aunque en el epígrafe la mujer recibe otro nombre, Teresa Sancha (II, 50),<sup>34</sup> en la narración se le vuelve a mencionar con el apellido llevado por matrimonio, Panza. El mensaje de Sancho es despachado por la duquesa con un paje junto con una epístola que ella misma le escribe a la mujer, además de “una gran sarta de corales ricos presentados”,<sup>35</sup> misivas y collar que serán las primeras muestras tangibles para Teresa

<sup>32</sup> Más adelante, Gracián ([1648] 1962) definirá el *concepto* como “un acto del entendimiento que exprime [expresa] la correspondencia que se halla entre los objetos.”

<sup>33</sup> II, 36 n., 12.

<sup>34</sup> “Si no es una errata o un lapsus de C., nótese que era frecuente en los pueblos llamar a la mujer añadiéndole el nombre del marido en forma femenina para diferenciarla de otras con el mismo nombre [...]” (II, 50, n. 1)

<sup>35</sup> “Los corales, en este momento, eran apreciados para joyas campesinas” (II, 50, n., 6).

del ascenso social al que ha llegado su marido, así como de la riqueza económica de la remitente.

El contraste entre el mundo palaciego en que se ha desenvuelto Sancho y de donde provienen los encargos, por engañoso que sea todo el montaje, y la escena que el paje contempla en las afueras del pueblo, un grupo de mujeres lavando en un arroyo, no puede ser mayor. Lo mismo ocurre con la imagen de Sanchica, quien identifica como las de sus padres las señas que da el paje, incluidas las del “tal caballero, nuestro amo”. De su madre —informa la niña al mensajero— está “con harta pena por no haber sabido muchos días ha de mi señor padre.” El lector *ve* y *oye* hablar a la hija por primera vez. El narrador la describe así: una “moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco más a menos. [...] Y dejando la ropa que lavaba a otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgredada, saltó delante de la cabalgadura del paje [...]” Después del corto diálogo entre ellos, el narrador nos entera que “saltando, corriendo y brincando, llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa dijo a voces desde la puerta [...]” La imagen y el comportamiento de la joven lejos están de poder satisfacer los sueños de su padre y difícilmente ella podrá portar con propiedad el “vestido verde de cazador que me dio mi señora la duquesa; acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos a nuestra hija”, que Sancho había desgarrado en la cacería organizada por los duques y ahora menciona en su carta a Teresa, que el paje les entregará más adelante. Como en otras ocasiones, el narrador ofrece al lector el principio de realidad a partir del cual los protagonistas —ahora es el escudero— adaptan las situaciones según su imaginario. Los argumentos esgrimidos por Teresa frente a su marido con respecto a elevar a Sanchica a duquesa son demostrados aquí con toda la evidencia. Asimismo, el retrato físico de Teresa, del que por fin da cuenta el narrador, con dificultad se ajusta a la de la esposa de un gobernador y tampoco la “sarta de corales con extremos de oro” le sentará bien cuando el paje se la cuelgue al cuello:

[...] salió Teresa Panza, su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda —parecía, según era de corta, que se la habían cortado por vergonzoso lugar—, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta, pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada [...]<sup>36</sup>

El paje, quien ha participado activamente en las mofas del palacio, ha comprendido que el principal encargo que lleva, además de los regalos y las cartas, es extender las burlas a la familia de Sancho, misión que cumple muy apropiadamente. A pesar de su apariencia, se dirige a madre e hija con cortesías a las que ellas no están acostumbradas. Al inicio, Teresa rechaza el trato de esposa de gobernador, noticia que, además, recibe por primera vez. En este primer contacto con el paje y ante el tratamiento que él le da, el lector reconoce a la Teresa del capítulo 5:

—Déme vuestra merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria.

—¡Ay, señor mío, quítese de ahí, no haga eso —respondió Teresa—, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno!

<sup>36</sup> Con respecto a la carga sexual y lo licencioso del retrato de Teresa, véase Ly, Márquez Villanueva 46, Joly 1977a, Alzieu *et al.*

El narrador informa que “y, así, se la leyó toda [la carta de Sancho], que por quedar ya referida no se pone aquí”, pero no da cuenta de ninguna reacción a la misiva por parte de la mujer y de la hija. Al parecer, Teresa no atiende las nuevas que su marido le comunica en relación con su título de gobernador y con los extraños sucesos que le narra. El paje, acto seguido, procede a la lectura del mensaje de la duquesa. La misiva escrita por la noble, mezcla de cortesías y burlas, contiene tres partes: en la primera se hace referencia al gobierno de Sancho, alcanzado por “la bondad e ingenio de vuestro marido”, virtudes que han movido a la duquesa a solicitarle al duque el tal gobierno; en la segunda se mencionan el regalo que le manda, la posibilidad de que entre ellas se conozcan y el interés de la noble en el matrimonio de Sanchica; en la tercera la duquesa hace la petición de “dos docenas de bellotas”, jocoso contraste con la sarta de corales, además de la solicitud de una carta de Teresa y el ofrecimiento de satisfacer lo que ella le solicite. Teresa, viniendo el mensaje de quien viene, muerde cándidamente el anzuelo. Ahora se trata de un documento escrito por una noble, que tiene el peso que no le dio al de su marido. Las noticias y el regalo que le manda la duquesa, así como el trato que recibe de ella echan por tierra la incredulidad y la oposición que con anterioridad había presentado a Sancho y disipan todas las dudas previas. Son pruebas fehacientes de las palabras empeñadas por el escudero frente a ella antes de partir de nuevo con don Quijote y que en aquella ocasión le provocaron un llanto “tan de veras como si ya viera muerta y enterrada a Sanchica” (II, 5). Ahora ya no reacciona con tal vehemencia y empieza a sentirse más importante que las hidalgas del pueblo, de cuya arrogancia hace una despectiva descripción. “—Todo es para ti, hija”, le dice a Sanchica, cuando la niña le pide usar el collar de corales y oro, lo que significa la aceptación del nuevo estado para las dos con todas sus consecuencias.

El gozo de Teresa la lleva fuera de casa a informar a sus conocidos las buenas nuevas. Su discurso, en su encuentro con el cura y Sansón Carrasco, es radicalmente opuesto al que había pronunciado ante Sancho y a la reciente llegada del paje, cuando aún se mantenía fiel a su condición de labradora y descreía que su marido llegara a ser gobernador. Un cambio radical se ha operado en ella; ya desea probar las mieles del poder y de la riqueza. “—¡A fee que agora que no hay pariente pobre! ¡Gobiernito tenemos! ¡No, sino tómese conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva!” Las evidencias que Teresa lleva en mano y al cuello ponen a prueba las certezas con que cuentan el cura y el bachiller sobre la naturaleza de las aventuras de los andantes manchegos, de quienes no han tenido nuevas después de la derrota infligida por don Quijote al Caballero de los Espejos, que no era otro que Sansón Carrasco, y de la charla sostenida por Sancho con el “narigante escudero”, Tomé Cecial (II, 13-15). Ya en casa de los Panza, los dos se percatan de que “el paje hablaba socarronamente”, percepción que se les escapa a las labradoras. Sin embargo, las pruebas materiales y los testimonios de la duquesa y de Sancho, a los que ya les han dado lectura, los mantienen perplejos. No obstante, la recién nacida apetencia de ascenso por parte de las mujeres frente a la apariencia que ya fue descrita por el narrador al encuentro con el paje y la práctica, a lo largo de la escena, de rústicas labores que corresponden a su condición campesina, presentan una alternancia grotesca de registros discursivos y de hábitos domésticos. Sanchica pone manos a la obra para obedecer la orden de su madre:

—[...] Y por ahora, Sanchica, atiende a que se regale este señor: pon en orden este caballo y saca de la caballeriza güevos y corta tocino adunia, y démosle de comer como a un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traído y la buena cara que él tiene lo merece todo [...]

Nada de eso impide que Teresa modifique sus juicios, en abierto contraste con lo que en su momento opinó ante Sancho, y que junto con Sanchica no sólo sueñe sino que quiera poner en práctica comprar ropa propia de una dama y andar en coche para honrar el gobierno de su marido.<sup>37</sup> Parece que en balde Sancho le ha comunicado en su carta: “Don Quijote mi amo, según he oído decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga” (II, 36), puesto que ellas, asimismo, han quedado atrapadas en los delirios de los andantes manchegos y han sido pasto también de las burlas palaciegas.

El paje sale de la casa de los Panza a propuesta del cura y con dos cartas, encargada su escritura por Teresa a un monacillo: una para su marido y otra para la duquesa, “notadas de su mismo caletre”. Dos capítulos adelante llega el paje al palacio con las tales cartas. Van dirigidas a sus destinatarios con estas leyendas: “«Carta para mi señora la duquesa tal de no sé dónde»; y la otra: «A mi marido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere más años que a mí».” (II, 52) De lo anotado en los sobre escritos en adelante, Teresa se manifiesta como una aldeana con aspiraciones de ocupar el cargo recién adquirido y sin saber manejar con propiedad los tratamientos palaciegos. El rótulo del primer sobre evidencia la confianza de la labradora en la palabra de una duquesa por el simple hecho de ser noble, sin importar quién sea ni en qué lugar de Aragón se ubique su palacio, según había declarado el paje la procedencia de la noble que solicitaba bellotas a la labradora. En cambio, en la inscripción del segundo, se registran el nombre del destinatario, la relación de la remitente con él, el cargo que ocupa, así como la ubicación de su residencia, que, junto con el deseo de prosperidad, resultan una fórmula de jactancia candorosa combinada con ignorancia, ya que ella no sabe lo que sí sabe el cura sobre las ínsulas, el que son “todas o las más que hay en el mar Mediterráneo de Su Majestad” (II, 50).

Las palabras con que se dirige Teresa a la duquesa si bien cumplen con las fórmulas de cortesía, algunas rayan en una inadecuada llaneza, o bien, en inexperta ampulosidad: “señora mía”, “vuesa grandeza”, “vuestra señoría”, “señora de mi alma”, “vuesa merced”, “vuesa excelencia”, “vuestra pomposidad” (II, 52). Obviamente, el tema principal de su misiva es el cargo de gobernador otorgado a Sancho. El estilo campechano de su narración asoma por todas partes. Al dar cuenta a la noble de la incredulidad que tal puesto ha suscitado entre los letrados del pueblo, “principalmente el cura y mase Nicolás el barbero y Sansón Carrasco el bachiller”, cuya opinión al respecto deja de importarle, lo hace como si ellos también fueran conocidos de la duquesa. A Sancho no lo deja bien parado al reputarlo de “porro”, como lo califica —según dice— el resto de los habitantes del pueblo. El párrafo más extenso de la carta inicia con el tema del ser y el parecer, ante el cual ahora Teresa se inclina por el segundo término al expresar su deseo de ir a la corte en coche —puede suponerse Madrid, ya que “Sólo Madrid es corte”—<sup>38</sup> “para quebrar los ojos a mil envidiosos que ya tengo”. En medio del desarrollo del asunto sobre la importancia de andar en coche, surge el del dinero, presente con insistencia en la conversación sostenida en casa con su marido (II, 5), abordado ahora con toda la crudeza de la situación económica de una

<sup>37</sup> “La reacción de las protagonistas remite a un contexto bien conocido de usurpación cada vez más extendida de prerrogativas nobiliarias por parte de grupos sociales inferiores. Entre 1586 y 1611 se habían multiplicado las pragmáticas que tocaban a la reglamentación, cada vez menos acatada, de los tratamientos y cortesías, lujo indumentario y demás privilegios privativos de la honorabilidad nobiliaria.” Ly..

<sup>38</sup> “Corte es llamado el lugar do es el rey e sus vassallos, e sus oficiales con él, que le han continuamente de aconsejar e de servir, e los omes del reyno que se fallan hi, o por honra dél o por alcançar derecho o fazer recabdar las otras cosas que han de ver con él. [...]”, según “la ley 27, tit. 9, de la partida segunda” (Cobarruvias, [1612] s v.).

labradora; le informa a la duquesa los precios de los alimentos en la corte, el pan y la carne. En el discurso de Teresa, la contradicción entre el ser y el parecer es mayúsculo. Previamente al párrafo de despedida, en donde la saluda también en nombre de sus hijos y le expresa el deseo de conocerla, le informa con toda llaneza a la noble que las bellotas que le manda fueron recogidas por ella misma en el monte. Antes de estampar su nombre, Teresa se declara “su criada” de la destinataria.

La carta dirigida a Sancho es abierta y leída por don Quijote, a quien la duquesa le pide su venia. Los oyentes no reparan en la falta de respeto en que incurren, ya que se trata de una carta íntima de la mujer a su marido. Se toman la libertad, pues su estamento, superior al del labrador escudero, por muy gobernador que sea, se lo permite. En efecto, la carta está redactada en términos francos y familiares. De nuevo, el tema del gobierno es el que recibe mayor atención. Con palabras afables —“Sancho mío de mi alma”—, le comunica el júbilo que les produjo a ella y a su hija la noticia y le confiesa al padre y marido una intimidad hogareña: “A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento.” El lector, conocedor de los hechos, atiende ahora la narración desde la perspectiva de la labradora, quien le revela a Sancho que, aun con las pruebas en mano —vestido, corales, cartas y “el portador dellas allí presente”—, no creía que la noticia fuera realidad, “porque ¿quién podía pensar que un pastor de cabras había de venir a ser gobernador de ínsulas?” Con todo, la incredulidad de Teresa con respecto al ascenso de su marido continúa anclada al peso de la condición de su familia y al trato cercano que ha tenido con él. Con otras palabras le había comunicado lo mismo a la duquesa. En las dos cartas que dicta Teresa se manifiestan, aunque con estilos distintos, los mismos temas. Reaparece el motivo que principalmente le preocupa, el del dinero, y, así, desea verlo “arrendador o alcabalero, que son oficios que aunque lleva el diablo a quien mal los usa, en fin en fin, siempre tienen y manejan dineros.” Uno más de los temas es la suspicacia de los personajes conocidos del pueblo, quienes sospechan que detrás está el embeleco a don Quijote. Teresa reitera la posesión de las pruebas materiales, signos de riqueza, y el envío de las bellotas. No obstante, apegada a la cotidianidad, pone al tanto al marido de las nuevas del pueblo y de la escasez de aceitunas y vinagre, así como del trabajo que hace Sanchica con el fin de hacer ahorros para su ajuar, aunque espera la dote en calidad de gobernador. Ahora, con la expectativa de ir a la corte, ya no presenta oposición al matrimonio de la hija.

Pero Teresa nunca llegará a la corte ni conocerá a la duquesa ni andará en coche ni usará perlas, y Sanchica no tendrá marido noble y ninguna de las dos usará ropas finas. Esto lo sabe el lector, ya que está enterado de los engaños de los duques y el confinamiento de las mujeres en su casa se corroborará en los hechos cuando Sancho decide abandonar el gobierno de Barataria (II, 55). A la salida del palacio, la duquesa le entrega a Sancho las cartas de Teresa, con las cuales él se conmueve al conocer las ilusiones que se había forjado su esposa y saber del regalo de bellotas que le había hecho llegar a la noble. Unas bellotas del bosque cuidadosamente seleccionadas por la labradora a cambio de presentes —la sarta de corales, joya propia de campesinas, y un traje de caza rasgado que había que adaptar para Sanchica—, obsequios representativos de la burla descomunal que salió del palacio en Aragón, alcanzó a las aldeanas en su pueblo de la Mancha y les despertó apetencias de un cambio de vida inalcanzable para ellas.

Antes del retorno definitivo de los andantes manchegos a su aldea, Teresa será mencionada unas cuantas veces más. La primera de ellas es cuando a don Quijote le muestran el libro apócrifo y para probar que la suya es la historia verdadera, entre otras cosas, aclara que el autor de 1614

—[...] yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal, sino Teresa Panza: y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia. (II, 59)

En realidad, para el caballero nunca fue importante la mujer de Sancho. El asunto apunta hacia otro lugar: la desacreditación del *Quijote* apócrifo y la corroboración de que la mujer de Sancho, llamada Teresa en la Segunda parte, adquiere un peso mayor en 1615 y el caballero usa ese nombre para referirse a ella.<sup>39</sup>

La siguiente ocasión en que Teresa es mencionada cambiará su carácter de labradora por la de una “bizarra pastora” de la Arcadia. De nuevo, la mujer vuelve a estar a expensas del imaginario de los andantes manchegos, quienes desean convertirse en pastores en tanto don Quijote cumple con la promesa hecha al Caballero de la Blanca Luna de retirarse “a su lugar un año” (II, 64). En relación con el asunto de nombrar a sus respectivas pastoras planteado por don Quijote, Sancho afirma:

—No pienso [...] ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y más, que celebrándola yo en mis versos vengo a descubrir mis castos deseos, pues no ando a buscar pan de trastrigo por las casas ajenas. (II, 67)<sup>40</sup>

Ahora, y a lo largo del *Quijote* de 1615, Sancho se manifiesta en todos los casos como un hombre casado y que tiene presente a su mujer en varias ocasiones. Una más, todavía en el palacio, obtenida la venia por parte de los duques para abandonarlo, después de la opinión vertida por don Quijote en relación con la necesidad de que las doncellas tengan una ocupación honesta, Sancho se expresa de esta manera: “—[...] las doncellas ocupadas más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oíslo, digo, de mi Teresa Panza, a quien quiero más que a las pestañas de mis ojos.” (II, 70)

Si, cuando los protagonistas se propusieron ser personajes pastoriles, Sancho se pensó haciendo castos versos para Teresona, ahora retorna a la imagen de sí mismo como labrador cavando la tierra —con lo que acaba dándole la razón a su mujer—, y manifiesta el afecto por ella con un gracioso símil. Además, por tercera ocasión a lo largo de las dos partes, se refiere a ella como mi *oíslo*. Si bien la *RAE* define este vocablo como “Persona querida y estimada, principalmente la mujer respecto del marido”,<sup>41</sup> no deja de tener una connotación de superioridad masculina.

<sup>39</sup> “El simple hecho de que en otro libro (mendaz continuación de *1605*) se dé a esa mujer precisamente un nombre y un apellido que el lector recuerda haber encontrado en el c. VII de aquella ‘primera parte’ y, sobre todo, la misma exagerada reacción de don Quijote, no puede dejar de inducirlo a pensar que todo consiste en un bromazo y que las alusiones a *Teresa Panza* que ha ido encontrando a lo largo de *1615*, a partir del c. V, no son más que una bien orquestada réplica a esa continuación mentirosa, también aludida en el “Prologo al lector” y en la “Dedicatoria al conde de Lemos” de la continuación cervantina” (Romero Muñoz 130).

<sup>40</sup> Rodilla León (37) resume de la siguiente manera las distintas características de Teresa que se van dando a lo largo de la Segunda parte: “El narrador la presenta como una figura ‘desgreñada y medio desnuda’ (II, 73, 1128), pero ‘fuerte, tiesa, nervuda y avellanada’, con camisa escotada y mostrando la carne por la saya parda corta (II, 50, 960)”; [...] y cita a D’Ors 112: “‘Todos los signos de la golosinería, de la pereza, de la molicie, visibles en el cuerpo entero. Y esta especie de beatitud hinchada en la carne, esta aureola de salud animal [...] trazando con gracia las caligrafías de lo barroco [...]’”

<sup>41</sup> “De *oís*, 2.<sup>a</sup> pers. de pl. del pres. de indic. de *oír*, y el pron. *lo*. **1.** com. coloq.” (*DRAE*, s. v.).

### 3. Una visión crítica de los estamentos sociales

Para concluir quiero detenerme en comentar las relaciones jerárquicas implicadas en la condición de Teresa Panza con respecto al estamento de los personajes con quienes se vincula y sostiene algún tipo de discurso, así como los alcances políticos de tales vínculos. El destino suyo y de su familia se juega, en primera instancia, por la intervención del hidalgo Quejana, quien, por el honor recibido de sus antepasados pertenece a esa categoría, la más baja de la nobleza; su privilegio es el de no pagar tributo. Se trata de un hidalgo de una comarca rural, que habita en una casa solariega y posee “tierras de sembradura” (I, 1), de las que en la historia no se informa si la familia Panza posee.<sup>42</sup> En consecuencia, en la jerarquía social, el hidalgo tiene ascendiente sobre el labrador, quien es pechero. Ahora bien, Sancho, por ser varón, es cabeza de familia y, además de que goza de su propia libertad ante ella, ejerce poder sobre su mujer e hijos y, así, decide jugar la suerte de todos los miembros al someterse a los designios de su nuevo amo. Por su parte, en el ámbito familiar, Teresa sabe combatir con sus propias armas —las de los valores tradicionales de una familia campesina— la voluntad de Sancho de cambiar de rumbo la vida de Sanchica, sobre quien la madre tiene el mayor ascendiente en la estructura jerárquica. El poder sobre la moza es el botín que se disputan entre sí marido y mujer (II, 5); no así sobre Sanchico.<sup>43</sup> Es la madre quien, al principio de la discusión, da cabida al deseo de la niña, aunque como parte del destino que le está reservado por su origen y género y que Teresa juzga no sólo natural, sino óptimo: “—[...] Mirad también que Mari Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos: que me va dando barruntos que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno, y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada.” (II, 5) Teresa conoce y defiende ante el designio del varón el sino de la integrante de la familia socialmente más débil, en quien, paradójicamente, el padre tiene puestas sus esperanzas para mejorar en rango. El destino de Sanchico es más incierto, pues depende también del poder de otro, el de su tío el abad o el más fortuito de su padre gobernador; tales fines son ideados por la madre, nunca por el padre. Con respecto a las jerarquías entre los personajes de la aldea manchega, maese Pedro y maese Nicolás, amigos del hidalgo y con saberes que les otorgan autoridad, tienen también ascendiente sobre la familia de labradores.

En la construcción de Teresa como personaje, tanto a partir de su comportamiento como de su discurso, reside una visión crítica de la estructura político-social con respecto a los grupos que interactúan en las dos partes del *Quijote*. Su condición de labradora le permite, a lo largo de la Primera y hasta el capítulo cinco de la Segunda, una mirada desconfiada hacia el edificio social jerarquizado que su marido le pone enfrente como accesible de ser escalado. Pero la perspectiva de Teresa cambia cuando la burla ducal alcanza la esfera familiar. El poder político y económico de la nobleza desafía el escaso poder doméstico que hasta ese momento la mujer ha conservado con celo; el parecer y el discurso de Teresa también son sometidos a la potestad de los nobles. Si la situación de Teresa ahora es vulnerable por la manipulación de la duquesa, quien le hace perder su postura original, a ojos del lector, al tanto del engaño escenificado tanto en el palacio, donde son víctimas don Quijote y Sancho, como en la aldea manchega, donde son burladas madre e hija, los actos de los nobles resultan un abuso de poder sobre todos los personajes que ocupan un lugar por debajo de ellos en la escala social. El dominio de los duques se potencia, además, por el

<sup>42</sup> “Mientras en Francia una lenta evolución ha transformado casi en todas partes la ‘tenuta’ medieval en una verdadera propiedad, no existe en España sino un número restringido de campesinos propietarios — quizá un quinto del total” (Defourneaux 116).

<sup>43</sup> Para un estudio sobre Sanchico, ver Vila 2013 311-324.

conocimiento íntimo que tienen de los personajes manchegos, gracias a la lectura de su historia, genialidad cervantina aprovechada para mostrar al desnudo y de manera irónica las prerrogativas de que goza la nobleza, apetecidas por los demás grupos sociales inferiores, como queda de manifiesto a lo largo del *Quijote*.

**Obras citadas**

- Alzieu, Pierre *et al.* *Poesía erótica del Siglo de Oro*. Barcelona: Crítica, 1984.
- Calderón, Juan, *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes del texto del Quijote*. Madrid: Imprenta de Juan Martín Alegría, 1854.
- Castro, Américo, *Cervantes y los casticismos españoles*. Nota preliminar Paulino Garagorri. Madrid: Alianza/Alfaguara, 1974.
- Cervantes, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*. Centro Virtual Cervantes, Instituto Cervantes, 1997.  
<http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/edicion/parte1/parte02/cap11/default.htm>
- Cervantes, Miguel. Diego Clemencin ed. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Oficina de D. E. Aguado, 1833-1839. 6 vols.
- . Juan Eusebio Hartzenbusch ed. Argamasilla de Alba: Imprenta de don Manuel de Rivadeneyra, 1863. 4 vols.
- Cobarruvias, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española. Primer diccionario de la lengua* [1612], ed. Facsimilar. México: Turner, 1984.
- Defourneaux, Marcelin, Horacio A. Maniglia tr. *La vida cotidiana en España en el Siglo de Oro*. Buenos Aires: Librairie Hachette, 1964.
- D'Ors, Eugenio. *Lo barroco*. Madrid: Neometrópolis, 2002.
- Gracián, Baltasar. Evaristo Correa Calderón ed. *Agudeza y arte de ingenio* [Huesca, 1648]. Madrid: Castalia, 1969. (2 vols.).
- Joly, Monique. "Sémiologie du vêtement et interprétation du texte". *Revista canadiense de Estudios Hispánicos* 2 (1977): 54-64.
- Lapesa Melgar, Rafael. "Comentario al capítulo 5 de la Segunda Parte del *Quijote*". En *Actas del III Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Barcelona: Anthropos; Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1993. 11-22.  
[http://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/coloquios/cl\\_III/cl\\_III\\_01.pdf](http://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/coloquios/cl_III/cl_III_01.pdf)
- Ly, Nadine, "Lectura comentada del capítulo 50". En Cervantes, Miguel. *Don Quijote de la Mancha*.  
<http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/edicion/parte1/parte02/cap11/default.htm>
- Márquez Villanueva, Francisco. *Personajes y temas del «Quijote»*. Madrid: Taurus, 1975.
- Molho, Mauricio. *Cervantes: raíces folklóricas*. Madrid: Gredos, 1976.
- Rodilla, María José. "Cinco figuras barrocas femeninas". En María Stoopen ed. *Segundones en el «Quijote»: de personajes, invenciones y otras minucias*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2013. 29-39.
- Rodríguez Valle, Nieves. *Los refranes del «Quijote»: poética cervantina*. México: El Colegio de México, 2014.
- Romero Muñoz, Carlos. En Alicia Villar Lecumberri ed. *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas* (Lisboa, 1-5 de septiembre de 2003). S.I.: Asociación de Cervantistas, s. l., 2003. 103-148.
- Spitzer, Leo. "Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*". En su *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos, 1995. 161-225.
- . "Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*". En *Antología crítica del «Quijote»*. Centro Virtual Cervantes, Instituto Cervantes.  
[http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote\\_antologia/spitzer.htm](http://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_antologia/spitzer.htm)
- Stoopen, María. *Los autores, el texto, los lectores en el «Quijote»* 2ª. ed. México: Facultad de Filosofía y Letras/ Dirección General de Publicaciones, UNAM, 2005.

- . *Cervantes transgresor*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2010.
- . *Cervantes transgresor*.  
<http://ru.ffyl.unam.mx:8080/jspui/handle/10391/3093>, 2012.
- Vila, Juan Diego. "Todo sobre Sanchica: Narración familiar, género y control social". En Edith Marta Villarino & Elsa García Fiadino eds. *Actas del IV Congreso Nacional Letras del Siglo de Oro Español. Estudios críticos de Literatura Española. Volumen II: "Escritura / Reescritura"*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Humanidades, Grupo Literatura del Siglo de Oro, 2003. 23-49.
- . "Sombras para Sanchico: Herencia, malestar familiar y olvido". En Juan Diego Vila ed. *El «Quijote» desde su contexto cultural*. Buenos Aires: Eudeba, 2013. 311-324.